

La iglesia colegial está situada al extremo de la villa que más se acerca a la margen derecha del Tajo. Fue fundada en el año 1211 por el arzobispo Don Rodrigo, y reedificada por D. Pedro Tenorio, a mitad del siglo XIV. El cardenal de Lorenzana hizo en ella muchos reparos: mandó enlazar de mármoles su pavimento y costeó unas rejas muy decentes, que cierran el coro y la capilla del presbiterio.

Su fachada principal remata en un triángulo poco digno de coronar el delicado rosetón que se ve por debajo, y menos la linda puerta ojival que da entrada a la iglesia. Elévese al lado izquierdo una torre de piedra construida a principios del siglo XVIII. Tiene tres cuerpos finalizados por medio de una cupulina piramidal de mal gusto, cubierta con plomos.

La primera impresión que el forastero recibe actualmente al entrar en aquel templo, es desagradable. Nadie ignora el incendio ocurrido en la noche del 21 al 22 de septiembre de 1846. ¡Noche de espantoso recuerdo en los fastos de Talavera y de laudable remembranza para sus hijos! –Serían las ocho y media de la noche, cuando las campanas de la colegial anunciaron el fuego que, habiendo prendido en el maderamen interior del órgano por inadvertencia del artífice que le afinaba, se descubría ya por encima del tejado apoderándose con la rapidez del rayo de los corpulentos tirantes que sustentaban las naves colaterales. Alborótase el vecindario, e impelido por la voracidad de las llamas y el toque de somaten, se lanza indistintamente al lugar donde el peligro amenazaba más de cerca o propendía a mayores daños. Las señoras de la primera categoría se olvidaban de su débil complexión,

apresurándose a salvar entre sus brazos las ropas exquisitas, las colgaduras, los objetos combustibles, y los vasos de oro y plata. Rompiáanse a golpe de hacha las portezuelas de los relicarios y las gabetas de los roperos cuyas llaves no parecían tan pronto. El rumor y la fuerza de las llamas cada instante crecía más, viéndose en pocos minutos convertido el coro en una fragua donde fluía el estaño derretido del órgano; los vidrios de las ventanas liquidados, y el plomo que los aseguraban deshecho como cera en las paredes. Por todas partes crujían las maderas abrasadas, chispeaban las piedras, gritaba el pueblo y se derramaba el agua a torrentes entre el fuego que saltaba a los retablos, incendiándolos como si estuviesen bañados de resina, y el humo que sofocaba la respiración y tostaba a los operarios. En medio de este caos infernal vimos un celoso sacerdote que llevar entre sus manos temblorosas el sacrosanto copón y caminar bajo la salvaguardia del Dios vivo, con tanta lentitud y compostura como si nada pasase enderredor... y sus vestiduras participaban ya del fuego; y caían sobre su verable cabeza los pedazos de argamasa que se desprendían de las bóvedas, candentes como el horno de un alfarero. ¡El santuario iba dejando de existir y la religión triunfaba en todos los corazones!

Eran las once cuando se dio por terminada la catástrofe. El estrago había sido inmenso. Ni una astilla quedó en el coro; ni el menor vestigio del órgano; ni un palmo de pared donde no hubiese marcado su negra huella el elemento destructor. Algunos periódicos de Madrid (1) se apresuraron a deplorar este infausto acontecimiento, atribuyendo al coro un mérito que en reali-